

E
B

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 475

25 CTS.



La rueda
de la vida

POR
Esther Ralston
Richard Dix

Filmoteca
de Catalunya



SCHERTZINGER, *Victor*

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN:

Francisco-Mario Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis

TELÉFONO 18551

Año IX

BARCELONA

N.º 475



The Wheel of Life, 1929

La rueda de la vida

Asunto sentimental, interpretado por
Ester Ralston y Richard Dix

Sonoro

en Italia "La Ruota della Vita"

Es un film **PARAMOUNT**

Distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.

Paseo de Gracia, 91

Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
RICHARD TALMADGE

Film Lexicon = Dix/326

La rueda de la vida

Argumento de la película

El capitán Jim Yeullat acababa de regresar a la India después de una corta licencia en Londres. La oficialidad de su compañía, presidida por el coronel del regimiento había preconizado un festival en honor del joven capitán, y en amigable camaradería, se disponían todos a pasar alegremente la velada.

Momentos antes de que llegara el coronel con su señora, Jim entretenía a sus amigos con el relato de una extraña aventura que le había acaecido durante su estancia en Londres.

—Paseaba yo una noche por uno de los puentes del Támesis cuando vi a una elegante señora que se iba a arrojar al río... Antes de que pudiese llevar a cabo su intención, la sujeté fuertemente, impidiéndole su propósito,

—Me siguió sin pronunciar palabra con un gesto de irresistible dolor... La conduje a mi casa con la esperanza de averiguar las razones que la habían impulsado a tomar tal resolución. Era joven y hermosa. Hablaba con acento triste y me miraba de una manera extraña.

—La ayudé a quitarse el abrigo y la pregunté impulsado por la curiosidad:

—Vamos, ¿no me querrá usted decir por qué intentó quitarse la vida?

—No me contestó. Sus ojos me acariciaban con una profunda nostalgia.

—Es usted demasiado joven para pensar en la muerte — le dije —. Hay que combatir, hay que afrontar los contratiempos. El lema de mi familia es éste: ¡Siempre adelante! Por más espinas que encontremos en el camino, hay que salvarlas sin dañarnos.

—Y le hablé largo rato acerca del deber que tenía de vivir hasta que conseguí convencerla.

—Tiene usted razón — me contestó —. Pero... si usted fuera tan amable, desearía comer alguna cosa.

—Corrí a mi alacena; había agotado mis últimas provisiones.

—Voy a comprar viandas en la tienda de la esquina. Espéreme usted... y cuando vuelva, me contará su triste historia.

—Entonces le diré mi nombre y quién soy...

—Vuelvo en el acto... Y sea siempre fuerte, animosa... Es absurdo querer morir a su edad.

—Salí inmediatamente en busca de provisio-

nes, y con gran sorpresa, al regresar, vi que mi bella desconocida se había ido, dejándome una carta que decía:



...¿no me querrá usted decir por qué intentó quitarse la vida?

“Gracias por el optimismo que me han inyectado sus palabras. Le prometo no atentar ya contra mi vida. Adiós... tal vez hasta nunca...”

“Y no he vuelto a saber de ella. En vano la busqué por todo Londres... Nadie supo darme noticias de aquella desconocida... Y lo confieso, amigos míos, llevo su imagen en el corazón...”

Los oficiales comentaron la rara aventura... Un señor, vestido de paisano, que se hallaba en el grupo, exclamó con verdadero entusiasmo:

—¡Soberbia narración! Son datos preciosos para una gran novela que yo he de escribir.

Jim miró a aquel señor desconocido, y otro oficial se apresuró a decir:

—Me había olvidado de presentar a ustedes... El señor Faraker, novelista, cuñado del coronel... El capitán Jim Yeullat.

Se estrecharon cordialmente la mano.

—¿Viene usted en busca de sensaciones literarias, señor Faraker?

—Así es. La India con sus misterios me seduce. Vengo acompañado de mi esposa, lo que quiere decir que mi viaje ha de tener un plan de seriedad... Creo que ha de ser muy interesante. Por de pronto, ya usted me ha dado argumento para una novela.

—El primer capítulo nada más.

Interrumpióse la charla al llegar el coronel Dangan, amigo del capitán Jim, casi su padre adoptivo.

El coronel era un hombre ya viejo, que había pasado la mayor parte de su vida en la India.

Abrazó fervorosamente a Jim, al que veía por primera vez después de su licencia.

—¿Qué tal por Londres? ¿Cuántos corazones has destrozado, Jim?

—Esta vez, el único corazón destrozado es el de Jim, coronel—dijo otro de los militares.

—¿Cómo es ello? ¿Cuándo se celebra la boda?

—Nada, coronel. ¡Un sueño imposible! —respondió el capitán.

—¿Alguna mujer casada?

—Ignoro en absoluto de quién se trata. Una aventura romántica sin consecuencias.

—Allí está mi mujer. Te la presentaré, Jim. Tú no la conoces todavía...

Avanzó hacia ellos una hermosa señora, rubia y adorable, en quien el capitán Jim Yeullat, reconoció, asombrado, a la mujer que había querido arrojarse a las plomizas aguas del Támesis.

—Te presento a Ruth, mi esposa... Mi gran amigo, el capitán Jim Yeullat — dijo el coronel Dangan.

—¡Señora!

Un leve temblor agitó los labios de la hermosa dama al reconocer en el amigo de su esposo al capitán que le salvó la vida.

Se estrecharon las manos con cierto espanto, mirándose de modo receloso. No acertaban a balbucear palabra alguna.

El coronel aclaró riendo:

—No sabías que tuviese una mujercita tan joven y tan guapa, ¿verdad? Me casé con ella en uno de mis viajes a Londres, y hasta hace

poco ella permaneció en la capital... Pero la necesito a mi lado... La he mandado llamar, y pocos días antes que tú, ha llegado a la India... Dime, Ruth, ¿cómo te encuentras aquí? ¿Añoras mucho a tu Inglaterra?



—Te presento a Ruth, mi esposa...

—Donde tú te hallas estoy bien — repuso sencillamente.

Alejóse el coronel con varios amigos para saludar a otras personas que entraban en el salón del casino, y Ruth y Jim quedáronse mirando, frente a frente, con inmenso temor.

Cubriéndose de vez en cuando el rostro con su negro abanico de plumas, ella le dijo:

—¿Quién iba a pensar nunca que volviéramos a vernos? Yo le debo a usted una explicación, capitán.

—No me diga nada. No necesito saber los graves motivos de aquello.

—Y no obstante me tendrá usted que oír... Escuche...

Y con voz muy débil y muy emocionada, le explicó la triste historia de su vida.

Hija de una honorable familia, amiga del coronel, quedóse huérfana y sin medios de vida. El coronel, que tenía treinta años más que ella, ofrecióle su mano. Desamparada de todo el mundo, Ruth aceptó. Se casaron. Luego, el coronel volvió a la India, y ella quedó sola en la gran ciudad, hasta que una carta de su marido la ordenó ponerse en camino hacia las tierras orientales.

—Y fué entonces cuando adopté tan dolorosa resolución... Me sentía obligada al coronel por los muchos favores recibidos, pero no le amaba ni podría amarle nunca... Y desesperada, antes de volver a su lado, preferí poner fin a mis días... Pero usted me salvó, y sus palabras de aliento, de ternura, me hicieron comprender que me debía a mi marido y no tenía derecho a matarme. Esto es todo. Y si huí de su casa sin aguardar a que usted volviera, fué porque quise evitarle que descubriera mi nombre... Precaución inútil... puesto que la vida nos reúne ahora de nuevo,

—Nada tiene usted que temer, señora. Será siempre un secreto entre los dos.

—¡Gracias!

Volvió el coronel con su hermana, la esposa del novelista Faraker. Era ya una señora de edad, afectuosa y simpática.

Todos se dirigieron al gran comedor del Casino donde se celebraba el banquete de confraternidad.

El ágape resultó delicioso... Pero poco antes de acabar, el novelista Faraker comió una de sus acostumbradas imprudencias.

—¿Y no me puede usted dar detalles de la muchacha que se arrojó aquella noche al Támesis, capitán?—preguntó.

Jim sonrió y sus mejillas palidieron... También una honda lividez descubrió el rostro de Ruth, al comprender que su aventura era ya del dominio público.

—¿Qué, no me contesta usted? — siguió diciendo el escritor—. A lo menos desearía saber si su linda amiga se marchó de su casa aquella misma noche o a la noche siguiente.

—¡Caballero!—protestó Jim.

—Tengamos la fiesta en paz — indicó el coronel—. No está bien querer sonsacar los secretos a nuestro amigo.

No insistió el novelista, y durante el resto de la comida, Ruth y el capitán apenas cambiaron palabra, preocupado cada uno con sus pensamientos.

Al terminar, se inició un baile... Algunas pa-

rejas comenzaron a danzar, y Ruth, fríamente dijo a Jim:

—¿Quiere usted bailar conmigo?

—De mil amores.

El coronel, complaciente, contemplaba a su linda esposa que danzaba un tango.

—Es una mujer encantadora — le dijo su hermana —; pero tal vez demasiado joven para ti. Debiste adoptarla como hija, en vez de casarte con ella.

—¡No lo creas! ¡Somos tan felices! ¡Me ama tanto!

Ruth y Jim salieron del salón del baile y se dirigieron a una cercana terraza.

—Quiero hablar a solas con usted. Por eso le he invitado a bailar — dijo ella.

—Yo deseo sincerarme — exclamó dulcemente el capitán—. No he dicho nada que pudiera ofenderla.

—No quiero que me vuelva a hablar de ello. Sólo he de decirle que en lo sucesivo, entre usted y yo no existirá ninguna amistad. Hemos concluído.

—Pero, Ruth...

—¡Nada más!

Y volvió al lado de su marido, mientras el capitán, furioso, lamentaba la imprudencia del novelista, que con su estúpida charlatanería había provocado aquel rompimiento.

* * *

Pero pasaron días... Y Ruth fué anotando en el diario de su vida, en su libro de memorias, todas las emociones de aquellas jornadas de la India.

Día 11.

Volví a ver a Jim... Me pidió perdón por lo del otro día... Hablaba tan sinceramente, con tanta nobleza, que tuve que perdonarle... Le había juzgado mal... Es un caballero.

Día 16.

He vuelto a verle. Mi marido le invitó a comer... Jim es un muchacho simpático. Cuando pienso que gracias a él le debo la vida, siento una intensa gratitud... ¡Y es tan amable, tan correcto!

Día 20.

Hoy hemos jugado al polo... Jim me mira profundamente... y sus ojos negros me dan miedo... Alguna vez, cuando se despide de mí, siento temblar su mano. ¿Me querrá? ¿Estará enamorado de mí?

Día 25.

Hemos visitado un templo indio... Ante sus muros, Jim me ha hablado con emoción de su vida solitaria, de su alma que busca eternamen-

te un ideal... y me ha parecido que ese ideal era yo... ¿Y por qué no decirlo en estas notas íntimas? También siento, que si yo fuera libre sería de él... Los dos somos jóvenes, ante los dos se abriría un paraíso de amor... ¡No... no! ¡Me arrepiento! Yo no puedo escribir eso... ¡Pobre coronel!

Y así, en días sucesivos, iba consignando las sensaciones de su corazón, que, lentamente, se llenaba de un extraño amor hacia aquel hombre cuyos gustos eran idénticos a los suyos.

Cierta noche, Ruth tocaba el piano en la salita de su hogar, arrancando al mismo melodías sentimentales que armonizaban con su alma llena de extraña sed...

El coronel se paseaba agitado, nervioso...

—Parece que estás inquieto. ¿Qué te pasa?— preguntóle Ruth.

—Me siento como siempre. Me molesta un poco el hígado y un poco el reuma... Pero ahora no se trata de nada de eso, sino de un oficial.

—¿De un oficial?

—¡Caramba! Para la esposa no debe haber secretos. ¡Jim Yeullat se marcha!

Instintivamente las manos de Ruth dejaron de tocar, y por sus ojos pasó un relámpago de inquietud.

—¿Se va gozando de licencia?—preguntó.

—No. Se va para no volver.

—¿De veras?

Su agitación iba en aumento... Su alma le

traicionaba. En su interior una voz decíale que amaba a Jim, y que su separación le iba a resultar costosa.

—¿Y no ha dicho los motivos?

—Sí. Dice que le cansa esa vida quieta, de inactividad... Y ha pedido el traslado hacia el puesto de Kelpara, en el interior.

—¡Qué raro!

—No puedo creer que sea ese el motivo. Y no atino a descifrar lo súbito de su partida. No es una mujer la causa, porque la única mujer joven con la que ha tratado eres tú.

—¡Es un capricho bien extraño! — dijo ella levantándose.

Y lentamente se dirigió a su habitación, con el alma henchida de preocupaciones.

Y también ella... ¡oh, oh! Era preciso ir a verle, alejarle de aquel propósito, no dejarle partir...

Y envolviéndose en un mantón de Manila, salió hacia la residencia del capitán.

* * *

Jim se sorprendió profundamente al verla. La hizo sentar, mientras su voz rota de emoción, procuraba en vano revestirse de tonos serenos.

—Sé que he hecho mal en venir—dijo ella—; ¿pero es de veras que marcha usted?

—Sí.

Se miraron. En sus ojos se leía el secreto de aquel escondido amor que a los dos embargaba.

Jim amaba a la esposa del coronel, y Ruth se sentía seducida por aquel muchacho.

Valientemente, ella preguntó:

—¿Tengo yo algo que ver con esa determinación?

—¡Nada! — repuso secamente.

—¿No se va usted por mí?

—¿Por usted?... No... no... señora.

Pero tuvo que bajar los ojos heridos por la brillantez de las pupilas femeninas.

—¿Por qué no es sincero conmigo, Jim? Entre los dos existe algo que usted no puede negar... Desde aquella noche que nos encontramos en Londres algo nos une a usted y a mí.

Le miraba, le miraba... El sentía el calor de aquella dulce piel rubia cercana a la suya... Sintió deseos de apretar contra su pecho aquel hermoso cuerpo juvenil, pero el respeto a algo sagrado se lo impidió.

—Tengo que marcharme — repitió él.

—¿Le doy miedo? ¡Quédese! ¡Mi vida sin la grata compañía de usted será muy aburrida!

—No puedo, señora... Y ya que quiere usted llegar al terreno de esas confidencias, voy a confesarle una cosa... La busqué por todo Londres sin hallarla y tuve siempre la imagen de usted en el corazón... Vea mi dolor cuando supe que era usted la esposa de un amigo mío.

—¡Usted me ha querido! ¡Usted me quiere!... Lo adiviné desde el primer día.

—¿Por qué entonces me lo hace decir?

—Las mujeres somos así. Adivinamos los se-

cretos de los demás, pero no sabemos guardarlos... Vamos, Jim, quédese usted...

—Si me quedase aquí, traicionaría al coronel, ¡porque yo te quiero! ¡Y es imposible!

—¡Mi Jim!



—¿Por qué no es sincero conmigo, Jim?

Se le escaparon esas palabras casi sin darse cuenta... Iba a abrazarle. También ella se le rendía loca de amor.

—No, no...

—¡Ah! ¿Por qué nos tuvimos que volver a encontrar si era de esa manera? — exclamó ella.

Se oyeron pasos, escuchóse una voz conocida: la del coronel.

—Su marido. Escóndase ahí en esa otra habitación.

Corrió a ocultarse. En su precipitación dejó olvidado sobre una silla el bello mantón de Manila.

Instantes después entró el coronel, y luego de saludar afectuosamente a Jim, le dijo arrellanándose en una butaca:

—Vamos a ver, Jim... Te he considerado siempre como un hijo. ¿Cuánto tiempo has estado con nosotros?

—Siete años.

—Siete años son muchos... ¿Y no me quieres contar la verdad de la causa de tu partida? ¿Tienes deudas?

—No es asunto de dinero.

—¿Qué es entonces?

—Se lo dije ya antes. Mi deseo de entrar en campaña.

—Vuelvo a decirte que no te creo, pero no hablemos más de ello.

Fijóse de pronto en un mantón que había allí cerca y arqueó las cejas.

Sin embargo, distraído no reconoció en aquel mantón al que acostumbraba llevar su mujer...

Ruth desde su escondite escuchaba anhelante... El capitán tuvo que hacer esfuerzos para no temblar.

—¡Ya comprendo! — dijo el coronel sonriendo fríamente—. ¿Está ella aquí ahora?

Pareciéndole absurdo negar la verdad, Jim respondió:

—¡Sí!

—Bien, bien. A las once de la noche... ¡Muy bonito!

—Ella no tiene la culpa, coronel... Fué el destino, el destino implacable que nos juntó a los dos.

—No te excuses. No sé ni quiero saber quién es ella. Pero en este sitio de campaña, las únicas mujeres que hay son las esposas de los oficiales, y eso indica que tu amor es ilícito.

Jim anonadado bajó los ojos.

—Y el militar que se porta como te has portado tú con la esposa de un oficial, no es un caballero.

—Pero, coronel...

Ruth temblaba tras unos cortinajes.

—Son inútiles las explicaciones. No las creería tampoco. Haces bien en marcharte, antes que las cosas llegaran a oídos del esposo ofendido. Adiós, Jim... Y si algún día me necesitas, no dejes de visitarme.

Salió el coronel...

Momentos después, Ruth avanzó hacia Jim, y dándole emocionada la mano, exclamó:

—¡Si llega a descubrirme! ¡Qué miedo, Dios mío! ¡Adiós! Es verdad. No tenemos derecho a engañarle. Yo voluntariamente me uní a él y he de pagar a solas mi equivocación.

—¡Adiós, Ruth!

Y cuando la vió partir, su alma experimentó la alegría del deber cumplido, aunque esto le costara pedazos del corazón.

* * *

Jim Yeullat trató de encontrar en una posición de la montaña de Kelpara la paz que un amor desgraciado robara a su espíritu.

Llevaba seis meses en aquel puesto montaraz, al frente de su compañía de indígenas. El teniente inglés Stumer compartía su soledad.

—No comprendo, capitán, cómo lleva usted ya medio año aguantando esta vida. Yo llevo aquí tres meses y me aburro mortalmente.

—Cuestión de temperamento. A mí me encanta esta soledad...

¡Si su amigo supiera por qué motivos se encontraba él allí! Pero prefería cien veces aquella vida en el campo que el peligro de permanecer junto a la esposa del coronel, a la que amaba con un amor imposible y fatal.

Cierta mañana, llegó un fraile tártaro a aquel campamento inglés.

—Unos rebeldes del país han atacado nuestro monasterio de Buten. Lo están sitiando, sometiéndole a un bloqueo espantoso—dijo.

—¿Quién está en él?

—Se encuentra allí una expedición de blancos que llegó hace dos días... Todos los frailes budistas han huído de allí. De éstos sólo queda un hermano de comunidad.

—Hay que ir allí en seguida —ordenó Jim Stumer. Dé orden de emprender la marcha. Va-

mos a salvar a aquellos viajeros que se arriesgan tontamente a ir a semejante lugar.

Tras largas horas de marcha por caminos difíciles entre altísimas y nevadas montañas, llegaron cerca del monasterio que alzaba sus imponentes torres bajo el cielo plomizo de la tarde.

Los rebeldes que sitiaban el edificio les recibieron a tiros, entablándose un violento combate, en el que cayeron muchos soldados...

Jim ordenó al teniente Stumer:

—Vaya usted a galope a la primera posición inglesa a buscar refuerzos. Nosotros entraremos en el monasterio; lo difícil será salir de él.

Partió Stumer, y, por fin, la compañía del capitán Jim Yeullat, aunque muy mermada, consiguió penetrar en el monasterio budista.

¡Cuál no sería la sorpresa de Jim al encontrar allí, dentro de aquellos vetustos y tristes muros, a Ruth, al novelista Faraker, a la esposa de éste y a un oficial inglés que llevaban ya resistiendo valientemente durante más de cuarenta y ocho horas la terrible embestida de los rebeldes!

Jim estrechó emocionado la mano de aquellas gentes, y de una manera especial a Ruth, a quien el destino ponía de nuevo ante él...

—¡Qué alegría verle! —murmuró ella que no había perdido su serenidad a pesar de la terrible situación.

—¿Cuántos hombres han venido con usted?

—Los que han podido... Pero ¿dónde está el coronel?

—Con su regimiento. Yo acompañé a Faraker y a su esposa. Faraker quería visitar ese monasterio para una novela que está escribiendo.

—¡Qué locura! Hay que resignarse a esperar aquí a que vengan refuerzos. Un amigo mío ha ido ya a buscarlos... Pero ¿no les atacan los budistas? — preguntó Jim.

—A veces sí — respondió un oficial—. Otras, están en una calma sospechosa. Pero cada vez que uno de nosotros se ha asomado a ese cercano parapeto, han disparado. Están en constante acecho... No podemos movernos de aquí.

—Animo, ¡y no desmayar!

Faraker se había acercado a él, y el capitán Jim le recriminó:

—¿Cómo se le ocurrió a usted traer a las mujeres a este monasterio? ¿No ve usted los peligros a que se expone?

—Los novelistas también tenemos nuestros peligros, señor oficial — respondió estúpidamente.

—Es una locura lo que usted ha hecho. ¿No sabe que es grave la situación?

—El destino le ayuda a uno a veces.

—¡Fíese del destino!

El capitán dió orden para que se vigilaran todas las entradas del edificio y se hiciera fuego al primer intento de ataque.

Faraker y su esposa se retiraron a una cer-

cana habitación. Un fraile budista, el único que había quedado en el templo, permanecía de rodillas ante una grotesca imagen, ajeno a todo, pidiendo a su divinidad les libertara del doloroso momento presente.

Una hora después, el capitán encontróse con Ruth en una de las amplias estancias.

Tuteándola, puesto que se hallaban solos, el capitán la dijo:

—Procura no tener miedo, Ruth.

—No tengo miedo más que de mí misma — respondió tristemente, contemplando al hombre a quien amaba con locura.

Y se alejó de allí, temerosa tal vez de traicionar al coronel en aquella amarga hora en que la muerte rondaba por las cercanías.

Por la noche los rebeldes intentaron un asalto, pero fueron rechazados por el capitán y sus tropas. Luego todo quedó en silencio, pero los cuervos seguían acechando la oportuna ocasión para intentar de nuevo el avance.

Al otro día la situación se hizo penosa. Comenzaban a escasear los alimentos, las municiones, y los refuerzos no venían. Jim procuraba en vano inyectar dosis de valor a los sitiados.

El novelista Faraker estaba, sin embargo, tranquilo, con la estupidez de los temperamentos inconscientes. Su esposa y Ruth procuraban animarse mutuamente.

En el alma de Ruth había un doble miedo: el temor natural a los indios rebeldes y el te-

mor de que su alma no pudiera resistir la tempestuosa pasión que sentía por el capitán... Porque al verle ahora en el monasterio, había resurgido de nuevo su cariño con raíces hondas y fecundas.

¡Le amaba, sí! Durante aquellos meses de ausencia, en vano quiso arrancarse de su alma la espina de aquella pasión. Cada vez punzaba más, y cada vez la vida se le hacía más irresistible al lado del coronel.

Jim, que estaba apoyado contra una de las columnas de la gran sala del templo, vió llegar a Ruth.

Ella no le había visto, y quedó hablando con el fraile tártaro que no cesaba de orar para que acabase la amarga situación.

—¿Por qué le han dejado solo, fraile? — preguntóle—. ¿Dónde están sus hermanos de comunidad?

—El miedo les cegó... Miedo, es decir, amor a la materia vil...

Se oyeron nuevos y sueltos disparos de los rebeldes.

—¡La locura de matar! — siguió diciendo el fraile—. Los hombres no pueden vivir sin destrozarse unos a otros. Y mientras unos mueren y otros nacen, la rueda de la vida va girando implacable, burlándose de todo, siguiendo su inmutable destino donde todo es ilusión.

Fascinada por las palabras del religioso, ella preguntó estremeciéndose al capitán que escuchaba oculto:

—¿El amor también es una ilusión?

—¡También!

—¡No, no puedo creerlo! — contestó —. Lo demás, la vida, el dolor, la muerte, todo será ilusiones, pero el amor está por encima de todo, el amor es inmortal.

Hablaba apasionadamente, y Jim sintió anhelos de salir de su escondite, de estrechar entre sus brazos a aquella mujer que le amaba, que hablaba de amor perdurable, y se refería indudablemente a él, pues a su marido no le quería.

Y temeroso de escuchar nuevas teorías sobre el amor, alejóse cautelosamente para seguir dando órdenes acerca de la defensa.

* * *

Aquella noche, uno de los oficiales preguntó al capitán Jim:

—¿Quedan aún provisiones?

—Nada. Ni municiones.

—Si no estuvieran con nosotros esas mujeres, podríamos intentar una salida para salvarnos o para morir.

—Para morir, seguramente.

—Voy abajo a vigilar. ¿Intentarán los rebeldes otro ataque esta noche?

Marchó el oficial, y Jim quedó paseando solo, con sus melancólicos pensamientos.

De pronto, en la semipenumbra en que esta-

ba envuelta la estancia, apareció una mujer: Ruth.

—¡Lo he oído todo! — dijo —. ¡Comprendo nuestra situación!

—Nuestra situación es difícil, pero no desesperada, Ruth.

—No tengo miedo ya. Me resigno a mi destino...

—Sólo lo siento por ti, Ruth. Los hombres estamos avezados a la muerte.

—Jim, si yo sola pudiera ahora salvarme por un milagro, me quedaría junto a ti... El destino nos ha vuelto a unir y quiero pasar los mismos peligros.

—Ese maldito Faraker.. ¡en qué atolladero nos metió!

—No tengo miedo a la muerte, Jim, mientras tú estés a mi lado, conmigo. ¡Lo único que temo es perderte!

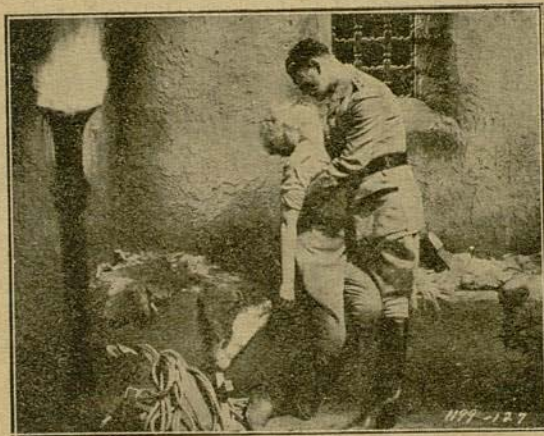
Emocionada por la soledad, débil su estado de ánimo ante los acontecimientos que vivía, se abrazó a él y sin poder contener por más tiempo su ardiente pasión, le besó en los labios...

Jim, aunque dándose cuenta de que estaba cometiendo una infamia, la besó también y así permanecieron unidos unos momentos.

—¡Jim, mi Jim! — decía con accesos de arrebatado —. Quiero vivir... para ti, porque te amo. ¿Qué nos importa el mundo? ¡Te necesito!... Y si hemos de morir... quiero morir contigo. ¡Cómo he suspirado por ti esos seis meses, Jim! Mi casa me parecía un erial. Faltabas tú, te ne-

cesitaba, pero ya creía imposible que volvieres. Y he aquí que vienes a salvarme... y ya eres mío... mío... ¿Qué más da todo?

—Contigo a mi lado, no se puede pensar en la muerte. Ten confianza, Ruth. Hemos de vivir.



—¿Qué nos importa el mundo?

Vendrán a libertarnos de ese asedio. Y luego, afrontemos el destino. Nos amamos. Yo mismo lo he de decir al coronel...

La joven estaba desfallecida a causa de las intensas sensaciones de la jornada.

El la reclinó dulcemente sobre un diván y la dijo:

—¿Por qué no tratas de descansar un poco?

—No quiero dormir. Necesito tenerte a mi lado, que me hables. Si hemos de morir, no desaprovechemos los últimos momentos que nos quedan... Pero no, no morirás. Quiero vivir y que vivas...

Y así, unidos en loca pasión, pasaron aquella noche de inquietudes, de sobresalto y de amor.

* * *

Al fin ella se durmió. Pero al amanecer despertó bruscamente al escuchar voces en la estancia.

Un oficial había comunicado al capitán Jim Yeullat:

—Llegan refuerzos... Estamos salvados.

—¡Oh, refuerzos! ¡Esto es la vida, la seguridad! ¡Qué alegría! — palmoteó ella.

Faraker, su mujer, el fraile y los demás sitiados, sintieron que retornaba a ellos la esperanza.

Abriéndose paso a tiros pudo entrar por una brecha un oficial inglés al frente de varios soldados.

Afuera, el grueso de las tropas sostenía un violento combate con los rebeldes sitiadores, a quienes obligaba a retroceder.

Un oficial entró en el templo y saludó a los sitiados. Al ver a Ruth, le dijo alegremente con

la satisfacción de poder darle una buena noticia:

—¿Sabe usted quien está al mando de las tropas, señora? Pues su marido, el coronel.

—¿Mi marido?

Ella imploró con una mirada a Jim, quien, con un gesto, le recomendó silencio. ¡Calma! Su amor no podía perecer. El hablaría al coronel, como una víctima de la fatalidad, del destino.

No tardó en aparecer el coronel Dangan. Afuera los soldados seguían sosteniendo violento combate contra las partidas rebeldes.

Sin embargo, la situación estaba salvada. Los rebeldes serían indefectiblemente derrotados.

El coronel abrazó y besó a su mujer, y luego estrechó en sus brazos al capitán Jim Yeullat, el buen militar que había corrido en auxilio de los primeramente sitiados.

—¡Gracias por haberme devuelto lo que más amo en el mundo, Jim!

Jim y Ruth se miraron tristemente... ¿Cómo decirle a aquel buen hombre que ellos le traicionaban, que le engañaban, que en su amor ilegal encontraban el esplendor de la dicha? ¿Cómo decírselo?

El coronel fué luego a recriminar a su cuñado su expedición y le prohibió que en lo sucesivo saliera nunca sin su permiso.

Afuera sonaban aún los disparos... Pero era indudable que los rebeldes perdían terreno.

El capitán Jim dijo a su superior:

—¿Me permite hablarle aparte dos palabras, coronel?

—Con mucho gusto.

Avanzaron hacia uno de los lados de la estancia, mientras Ruth, inquieta y seguida de sus amigos, se alejaba...



—¡Gracias por haberme devuelto lo que más amo en el mundo, Jim!

—¿De qué se trata, Jim? — le dijo el coronel bondadosamente —. Espero que volveremos a vernos.

—Sí... sí... coronel — dijo fríamente —. Pero quisiera hablarle de ella... de Ruth.

—Sé de antemano lo que me vas a decir— dijo, sonriente.

—¿Lo sabe usted?

—Naturalmente... He sido un egoísta con Ruth, lo confieso. Si la perdiera, no sé lo que sería de mí... Comprendo que no puedo vivir sin ella... Pero no tengo derecho a sacrificarla viviendo aquí, en la India... Mi decisión está hecha. Pediré el retiro. Nos iremos a Inglaterra... ¿Esto es lo que querías decirme, verdad, Jim? Rogarme que llevase a mi Ruth a Londres.

A Jim le pareció que la tierra se tambaleaba. ¿Cómo explicarle a aquel noble caballero que él y Ruth?... ¿Cómo hablarle de la infame traición?

No se atrevió. Sus labios murmuraron en un rictus de desaliento.

—Sí, coronel. Su felicidad es lo que me importa.

Y comprendiendo que sin el amor de Ruth no valía la pena de vivir, se alejó melancólico de la estancia.

Cerca del parapeto, encontró a un oficial, quien le dijo:

—¿Pero dónde va usted, capitán?

—Afuera, a recoger a los heridos.

—No vaya. Es ir a la muerte. Los rebeldes hacen un fuego graneado.

—No me importa. He de ir.

A las voces que daba el oficial, aparecieron el coronel y su mujer.

—¿Qué ocurre?

—¡Mi coronel!—dijo el teniente—. El capitán Yeullat se ha empeñado en ir abajo... y esto es hacer oposiciones al suicidio.

—¡Quiero ir! Mi deber está allí — repetía Jim, fríamente.

—No le dejes salir... no le dejes... — gritó Ruth, adivinando que algo terrible pasaba por el alma de Jim.

—A ver... Aguarda... ¿Es posible que haya tanto peligro? — dijo el coronel.

E imprudentemente miró desde el parapeto la extensión cercana de los montes. Fué todo con la rapidez de un segundo. Uno de los rebeldes, centinela avizor, disparó un tiro contra aquel militar... y el coronel cayó en tierra, como fulminado. Una bala le había partido el corazón.

* * *

Pudieron por fin verse libres de aquel cruel asedio que había costado la vida al infortunado coronel, quien marchó de este mundo sin conocer la traición de que era víctima.

Con su muerte resolvía un grave conflicto sentimental.

Ruth volvió a Londres... El capitán Jim Yeullat pidió licencia y obtuvo un destino en la capital de Inglaterra.

Y los dos jóvenes se casaron, y el amor hizo que continuase girando eternamente la rueda de la vida.

FIN

Ha sido revisado por la censura

No deje de adquirir:
La Novela Cinematográfica
del Hogar

Excelentes asuntos

48 páginas de amena y sana literatura
Postal-regalo en bicolor

Precio popular: 30 céntimos

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1

Tip. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

**Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica**

¡Lo mejor del cine!

Últimos éxitos:

La senda del 98

Espejismos

Evangelina

Orquídeas salvajes

El Caballero

Egoísmo

La máscara del diablo

El pan nuestro de cada día

Vieja hidalguía

Posesión

Acaba de aparecer:

TENTACIÓN

por GRETA GARBO

Esta semana:

LA PECADORA

por Lucy Doralce

Precio: 1 peseta